

relaciones directas con los audaces extranjeros que desde un pequeño rincón del mundo se habían lanzado á la conquista del universo. El sabio *Lassen* ha encontrado en la literatura sanscrita señales del contacto de los dos pueblos. Considerando á los Helenos como bárbaros, los Indios admiraron su valor, su ciencia, y sobre todo el conocimiento que tenían de la astronomía (1); tomaron esta ciencia de los Griegos (2). Los monumentos del arte indio llevan igualmente el sello de la influencia helénica. ¿Penetró más léjos la civilización griega? En este punto reaparecen las dudas. Un orientalista alemán dice que el desenvolvimiento más rico del genio brahmánico coincide con la dominación de los Griegos en la India (3); la Grecia podía en ese caso reivindicar una gloria única en la historia; había iluminado con su luz el Oriente y el Occidente, Roma y la India. Pero los orígenes de la civilización india, la época de la redacción de los libros sagrados, las causas que favorecieron el cultivo de la poesía y de la filosofía á las orillas del Ganges son todavía misterios. Hemos dicho en otra parte que un célebre orientalista no reconoce á la Grecia más que una influencia apenas sensible sobre la India (4). Las probabilidades están más bien á favor de la antigüedad del brahmanismo y de la influencia del Oriente sobre la Grecia.

origen al héroe macedonio. RITTER (*Asien*, t. V, p. 321) ha recogido las tradiciones sobre esta singular genealogía.

(1) LASSEN, de *Pentapotamia*, p. 58-60.

(2) Estos conocimientos no fueron comunicados á los Indios por los Griegos de la Bactriana sino por el intermedio de Alejandría. Tal, al menos es la opinión de LASSEN (*Ind. Alterth.*, t. II, p. 343).

(3) BENFEY, en la *Encyclopédie d'Ersch*, S. II, t. XVII, p. 32, 301.

(4) BURNOUF. Véase el tomo I de mis *Estudios*. Tal es también la opinión de LASSEN (*Ind. Alterth.*, t. II, p. 343 y sig.).

## LIBRO QUINTO.

### DECADENCIA DE LA GRECIA.—LIGA AQUEA.

#### CAPITULO I.

##### DECADENCIA DE TÉBAS, DE ESPARTA, DE ATÉNAS.

De las tres ciudades que ambicionaron el dominio de la Grecia, la última decayó tan rápidamente como había crecido. Tébas carecía de dignidad moral: la estupidez y la glotonería de los Beocios pudieron más que el genio de Epaminondas. Costaría trabajo crear, si Polibio no lo afirmara, que los magistrados no abrían ya los tribunales, para dar gusto á la multitud. En lugar de dejar sus bienes á su familia, los moribundos los legaban á sus amigos para que los invirtiesen en festines; al cabo de poco tiempo los Beocios no encontraban bastantes días en el año para cumplir tan singulares legados (1).

La decadencia de los Espartanos, igualmente rápida, ha arrancado quejas dolorosas á los admiradores de las cosas lacedemonias (2). No deploramos como Mably la caída de la ciudad de Li-

(1) POLYB., XX, 6, 1-6.

(2) MABLY dice que al ver el desgraciado fin de este pueblo, el más virtuoso de la antigüedad, se siente conmovido por la suerte de la humanidad y la fragilidad de nuestras virtudes (*Observaciones sobre la historia de la Grecia*, libro II, t. v, p. 121).

curgo, porque creemos que el ideal del célebre legislador era falso. Hemos hecho justicia al sentimiento de igualdad que le animaba; pero aquella igualdad tenía por condicion y por apoyo la más irritante desigualdad; estaba falseada en el seno mismo de la ciudad, y acabó por ser una palabra vana: la aristocracia se convirtió en una odiosa oligarquía (1). Ahora bien, pesa una ley fatal sobre los cuerpos que cierran su seno á todo elemento extraño: se mueren. Ya en tiempo de Aristóteles no habia en Esparta más que mil ciudadanos (2). La poblacion iba disminuyendo. Cuando Agis intentó su reforma, los Espartanos estaban reducidos á setecientos, de los cuales apenas ciento eran propietarios; el resto era una turba indigente que vegetaba en el oprobio (3). El mal que corroía á Esparta no tenía remedio; no habia en su constitucion manera de introducir los cambios cuya necesidad estaba demostrada por la experiencia. Lacedemonia sucumbió bajo la inmutabilidad de sus leyes. Las formas estaban en oposicion completa con el estado social, y sin embargo, fueron conservadas con un respeto hipócrita. Pero se le habia acabado la vida; dos hombres trataron inútilmente de reanimarla: Agis y Cleomenes perecieron víctimas de su sacrificio heroico. La suerte de Esparta es la de toda institucion que pretende ser la expresion de una perfeccion absoluta, y que por esta razon no puede modificarse segun las necesidades de la sociedad que gobierna. En efecto, la vida es esencialmente variable y progresiva. Querer inmovilizarla es matarla. Los cuerpos, que niegan todo acceso al progreso, acaban por parecerse á las momias de Egipto; pueden conservarse durante siglos, pero no viven ya, y llega un dia en que se deshacen en polvo.

La humanidad no tiene por qué llorar la caída de Esparta. Era una anomalía en medio de la Grecia. La raza helénica estaba llamada á influir sobre el mundo por medio del pensamiento; pues bien, Esparta es la única entre todas las ciudades griegas que permaneció extraña al movimiento intelectual, que constituye la

(1) MANSO, *Sparta*, t. III, p. 219 y sig.

(2) ARISTOT., *Polit.*, II, 5, 11; II, 6, 10, 11.

(3) PLUTARCH., *Agis*, 5.

gloria de los Helenos. Isócrates echa en cara á los Lacedemonios que ignoraban hasta los elementos de las letras; el sofista Hippias decia que no sabian contar (1). En vano replicarán contra estas exageraciones los admiradores de Licurgo; les responderemos con el proverbio que dice que sólo á los ricos se puede prestar. Después de todo, Isócrates é Hippias se acercaban más á la verdad que los modernos apologistas de Esparta. Se queda uno realmente estupefacto cuando oye á Otfried Müller, que dice con formalidad que Lacedemonia no permaneció en manera alguna extraña á la civilizacion intelectual, y que en ella se cultivaba cuanto habia de bello y de grande en la vida helénica (2). Preciso es, dice un crítico inglés, que el sabio alemán haya sido alimentado con la salsa espartana para decir semejantes enormidades (3). La cuestion nos parece muy fácil de decidir. La Sagrada Escritura dice que el árbol se conoce por los frutos que da. Díganse nos, pues, los nombres de los poetas nacidos en Esparta. Thaletas, Bacis, Tirteo, llamados por orden del oráculo, eran extranjeros; Alcman, el único que ha sido educado en Lacedemonia era un esclavo de raza lidia. ¿Dónde están los Sófocles y los Aristófares de Lacedemonia? Plutarco, uno de los grandes entusiastas de Lacedemonia, confiesa que no consentia la tragedia ni la comedia. ¿Dónde están los Herodotos y los Tucídides de Esparta? Hoy ignorariamos hasta el nombre de esta ciudad, si no hubieran escrito su historia las naciones con quienes estuvo en guerra (4). En cuanto al talento oratorio de los Espartanos ha llegado á ser célebre; no hablaban más que por sentencias. El laconismo es excelente para los oráculos; pero en la tribuna damos la preferencia á Demóstenes. Nos queda la filosofía. Si hemos de creer á un académico frances (5), en esto consistia la gloria de Esparta. ¿Qué más hubiera dicho Hippias? En definitiva, no hallamos en Esparta ni artes ni ciencias. Bajo el punto

(1) ISOCRAT., *Panath.*, § 209, p. 276, D.—PLAT., *Hippias Maj.*, 285, C.

(2) MÜLLER, *Die Dorier*, t. II, p. 387.

(3) *Edinburgh Review*, July 1835, p. 334.

(4) La observacion es de DE PAUW, escritor al cual, á pesar de sus paradojas, no puede negarse un espíritu penetrante (*Investigaciones filosóficas sobre los Griegos. Discurso preliminar*, p. 8).

(5) DE LA NAUZE, en las *Memorias de la Academia de las Incripciones*, tomo XIX, p. 166.

de vista griego los Lacedemonios eran Bárbaros. Felicitémonos de que se hayan frustrado sus proyectos de dominacion, puesto que, en lugar de convertirse en la antorcha del género humano, la Grecia se hubiera cubierto de tinieblas, como se cubrió despues de la invasion de los Turcos.

La ruina general de la Grecia arrastró á Atenas; pero su caída, por profunda que sea, no ofrece un espectáculo tan triste como la suerte de su rival. Gracias al genio de las artes, siguió siendo la primera ciudad del mundo antiguo. Atenas luchó en vano por la hegemonía; no consiguió realizar la unidad política, pero llegó á ser el centro de una unidad más alta y la metrópoli de la civilización griega. El imperio intelectual de la ciudad de Minerva se manifestó en todo su esplendor, precisamente cuando llegó á faltarle la fuerza material. Atenas era la universidad de la Grecia; los Griegos diseminados por el mundo entero enviaban allí sus hijos para que se formasen en los principios de la cultura helénica (1). Esta dominación de la inteligencia se acrecentó en lugar de detenerse, cuando la Grecia fué invadida por las legiones de Roma. Dos batallas bastaron para borrar de la tierra el nombre de Esparta. Atenas tuvo la gloria de vencer á sus conquistadores; vió acudir á su recinto á sus rudos vencedores; los Césares, para honrar á la patria de las letras, le dejaron la libertad, que habia sido siempre su idolo más querido. Cuando la antigüedad hizo lugar á un nuevo mundo, los iniciadores de la civilización moderna acudieron á las escuelas de Atenas á tomar lecciones de elocuencia. Aun en la Edad Media Atenas recibió el nombre de escuela de las ciencias. «Cuando la Europa despertó de la barbárie, dice un poeta, su primera exclamación fué para Atenas; cuando se supo que sus ruinas existian todavía, acudieron allí, como si se hubieran encontrado las cenizas de una madre» (2).

Los Atenienses fueron siempre entusiastas por la libertad; los excesos mismos que se les echan en cara tienen una excusa en este sentimiento sagrado. Cuando llegó á Grecia la inesperada noticia de la muerte de Alejandro, Atenas llamó á los Griegos á

(1) ISOCRAT., *de Permutat.*, § 224.

(2) CHATEAUBRIAND, *Itinerario de Paris á Jerusalem.*

la independencia. La falange macedónica venció. Cuando Demetrio devolvió á los Atenienses su antigua forma de gobierno, le prodigaron muestras de reconocimiento que rayan en locura; trataron á Demetrio y á su padre como á dioses salvadores; los adoraron (1). Los desgraciados Atenienses habian dudado de la existencia de los dioses, ó se habian creído abandonados por ellos al ver destruida la libertad; ¿quién no les perdonará el haber considerado como divinidades á sus libertadores? Sin embargo, el amor á la libertad que se manifiesta por medio de semejantes extravagancias, no es un indicio de fuerza, sino de debilidad. La ciudad de Minerva, al prostituir los honores divinos concediéndolos á un hombre que empañaba sus bellas cualidades con su conducta desenfrenada, dió el ejemplo de aquel envilecimiento que el pueblo rey llevó á más alto grado; verdaderos monstruos fueron colocados en el número de los dioses. Habiendo llegado á este punto, el género humano tenía que perecer ó que regenerarse por medio de una violenta revolución.

Tébas, Esparta, Atenas, desaparecen de la escena política; todo lo que desean se reduce á una libertad aislada; se consideran felices recibéndola de manos de sus vencedores. Entre tanto se formaba en Occidente una potencia más formidable que la de los Macedonios. En el momento de sucumbir, hizo la Grecia un supremo esfuerzo para encontrar la fuerza en la unión. Es verdaderamente admirable la fecundidad de la tierra helénica. Se la cree aniquilada por combates y padecimientos seculares, y de repente una tribu oscura é ignorada imprime á la Grecia entera un movimiento que, si hubiera tenido lugar en los años de vigor, hubiera podido hacerla invencible. La liga aquea es el ensayo más serio del principio de asociación que ha tenido lugar en la antigüedad; lo que produjo en tiempos de decadencia revela el poder que ejercerá en circunstancias más favorables.

(1) DEMOCHARES, ap. ATHEN., VI, 62 y sig.

## CAPITULO II.

## LIGA AQUEA (1).

No fué esta liga la primera tentativa que hicieron los Griegos para conseguir alguna fuerza por medio de la asociacion. La Grecia es tan rica en constituciones políticas como en obras literarias; pero lo que constituia su gloria en la literatura, llegó á ser el origen de su debilidad en el órden social. Las confederaciones no pueden ser poderosas, ó mejor dicho, no pueden existir sino mediante una autoridad central. Este lazo de unidad era el que faltaba á las ligas que precedieron á la formacion de la liga aquea. Reunianse en asambleas para tratar de sus intereses comunes ciudades que pertenecian generalmente á una misma tribu (2); pero seguian conservando completa independenciam, se hacian la guerra entre sí, y cuando llegaba el día del peligro, cada cual cuidaba de sí misma, sin pensar en defender á sus aliadas.

Tal es la historia de las colonias del Asia menor. El lazo que unia á las ciudades jónicas era puramente religioso. Doce ciudades se asociaron y construyeron un templo que denominaron *Panonium*; en él se reunian para celebrar las fiestas que recordaban su parentesco (3). Indudablemente con ocasion de aquellas solemnidades se celebraban deliberaciones políticas; pero no era este su verdadero objeto. La federacion no tenía por objeto ni siquiera la

(1) TITTMANN, *Darstellung der griechischen Staatsverfassungen*, lib. VIII.  
 (2) WACHSMUTH., *Hellen. Alterth.*, § 21, t. I, p. 158.—HERMANN, *Griechische Staatsalterthümer*, § 11.  
 (3) HEROD., I, 143, 148.

defensa general; los Lidios se apoderaron sucesivamente de las ciudades, sin que se unieran para rechazar al enemigo. Fué necesario que los Persas impusieran á los Jonios, como ley del vencedor, aquella union que hubiera debido ser el primer beneficio de la asociacion; un sátrapa del Gran Rey envió comisionados á las ciudades griegas y les hizo obligarse á resolver sus contiendas con arreglo á justicia en lugar de recurrir á la violencia (1). El lazo que unia á las ciudades eolias era más débil todavía. Sainte-Croix (2) admite que tenían un centro religioso; pero el silencio de Herodoto hace inverosímil esta conjetura (3).

En la Grecia europea habia igualmente algunas asociaciones locales. Tal fué la liga beocia, que se asemejaba más, sin embargo, á una heguemonía que á una confederacion. Los Etolios formaban una liga, lo mismo que los Aqueos; pero aquel pueblo semibárbaro apénas merece ser mencionado en la historia de la unidad helénica. Solamente encontraron los Griegos una unidad temporal bajo la heguemonía de Esparta, de Atenas y de Tébas. La heguemonía, institucion esencialmente griega, no tiene las ventajas de una confederacion; la supremacia de aquellas repúblicas fué motivada por la ambicion de dominio y no por el deseo de la unidad (4). Asi es que aquella forma de asociacion condujo lógicamente á la dominacion macedonia, esto es, á la pérdida de la independenciam de las ciudades confederadas. Por el contrario, lo que caracteriza las confederaciones es la igualdad de las ciudades unidas por un lazo federal. Tal fué la liga aquea.

No dominaba entre los Aqueos idea alguna de heguemonía. Es imposible, dice Polibio, hallar mayor igualdad ni más libertad que en la asociacion de las ciudades aqueas; los fundadores de la liga no se reservaron ningun privilegio, ninguna supremacia; las últimas ciudades admitidas en la confederacion disfrutaron de los mismos derechos que las primeras (5). Conservando su indepen-

(1) HEROD., VI, 42.  
 (2) SAINTE-CROIX, *De los gobiernos federativos*, p. 156.  
 (3) HERMANN., *Griech. Alterth.*, § 76, nota 12.—THIRLWALL, *Geschichte Griechenlands*, t. II, p. 108.  
 (4) POLYB., II, 37, 9.  
 (5) IBID., II, 38, 6, 8.

dencia interior (1), las ciudades aliadas supieron sacrificar parte de su soberanía en favor de la liga. Una federación debe tener un gobierno cuya acción se extienda á los intereses generales. La liga aquea estaba armada con este poder supremo; decidía las cuestiones que surgían entre las ciudades; un tesoro común y un ejército federal le permitían vencer las resistencias que el interés particular pudiese oponer al bien de todos (2). Una misma legislación regía en las materias que se referían á todas las ciudades. Polibio hace observar como una cosa extraordinaria que los Aqueos tenían los mismos pesos, las mismas medidas, los mismos magistrados; solo faltaba al Peloponeso, dice, para parecer una sola ciudad, un muro que lo encerrase (3). La asamblea general representaba la liga respecto del extranjero; ella únicamente tenía el derecho de nombrar y recibir embajadores, ella únicamente decidía la guerra y la paz (4).

La liga aquea, desconocida por mucho tiempo, no adquirió importancia histórica más que por el genio de Arato. Arato es el primer hombre político de la antigüedad que ha conocido claramente las ventajas de esta forma de gobierno. Pensaba, y no sin razón, que aquellas ciudades débiles por sí mismas, uniéndose por su interés común, se conservarían por medio de esta unión recíproca: «De la misma manera, decía, que las partes del cuerpo humano encuentran su alimento y su vida en la unión que tienen entre sí, pero en cuanto se separan carecen de alimento y acaban por perecer, de la misma manera todo lo que rompe la sociedad de las ciudades las lleva á su disolución, al paso que prosperan cuando, convertidas en un cuerpo poderoso, participan de las ventajas de una sabiduría común» (5). Arato concibió la idea de hacer del Peloponeso un solo cuerpo, una sola y misma potencia (6). Dedi-

(1) POLYB., V, 93.

(2) IBID., IV, 60.

(3) IBID., II, 37, 10, 11: καθόλου δὲ τούτῳ μόνῳ διαλλάττειν τοῦ μὴ μιᾶς πόλεως διαθέσειν ἔχειν σχεδὸν τὴν συμπασαν Πελοποννησον, τῷ μὴ τὸν αὐτὸν περίβολον ὑπάρχειν τοῖς κατοικοῦσιν αὐτὴν τὰλλα δ'εἶναι καὶ κοινὴ καὶ κατὰ πόλεις ἐκάστοις ταῦτά καὶ παραπλήσια.—C. JUSTIN., XXXIV, 1.

(4) PAUSAN., VII, 9, 4.—POLYB., IV, 15, 16.

(5) PLUTARCH., Arat., 24 (traducción de PIERRON).

(6) IBID., Philop., 8.

có su vida entera á esta grande obra: «Ni las riquezas, ni la gloria, ni la amistad de los reyes, ni el interés de su misma patria, en una palabra, ningun bien era preferible á sus ojos al fomento de la liga aquea» (1). A fuerza de perseverancia atrajo á la liga á Megara, Salamina, Egina y Aténas; faltaban únicamente los de Elide, algunas poblaciones de la Arcadia, Lacedemonia, y la Grecia entera hubiera formado una confederación poderosa. Pero al mismo tiempo que Arato, apareció en la escena un hombre de tanta ambición como genio. Cleomenes emprendió la reforma de Esparta; apenas le comunicó algun vigor restableciendo la disciplina de Licurgo, se reanimó el espíritu guerrero é invasor de la raza doria. El rey Espartano se unió con los Etolios contra el poder creciente de los Aqueos; venció y consintió en unirse á la liga, pero á condición de que se le confiriese el mando de la misma. Los Aqueos estaban dispuestos á someterse, cuando Arato frustró los proyectos de Cleomenes llamando en su auxilio al rey de Macedonia (2).

La conducta de Arato ha merecido ya severas censuras á los antiguos. Plutarco, tan aficionado á idealizar sus héroes, olvida su indulgencia habitual; prorrumpe indignado en amargas palabras: «La política de Arato era indigna de un griego, y sobre todo, de un hombre como él. Después de haber arrojado á los Macedonios de Corinto y de Aténas, los llamó á su patria, y todo esto para impedir que un descendiente de Hércules, un rey de Esparta, que quería restablecer la armonía de la disciplina doria, tomase el título de general de Sicionia; por no obedecer á Cleomenes, un rey que comía pan negro y llevaba un manto de tela gruesa, se sometió con toda la Grecia á la diadema, á la túnica de púrpura de los reyes macedonios y á la voluntad de sus sátrapas» (3). Estas violentas acusaciones han hallado eco en los historiadores modernos: dicen que Arato tenía más ambición que patriotismo, y llegan hasta acusarle de traición (4). Mably ha jus-

(1) PLUTARCH., Arat., 24.—Compárese POLYB., II, 43; VII, 8.

(2) IBID., Cleomen., 15, sig.; Arat., 39.

(3) IBID., Cleomen., 16.

(4) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, § 35, t. I, p. 314.—DROYSEN, *Geschichte des Hellenismus*, t. II, p. 494-500.—SCHORN, *Geschichte Griechenlands von der Entstehung des achaischen Bundes*, p. 114-121.

tificado al fundador de la liga aquea, pero á costa de Cleomenes (1). No creemos que debe sacrificarse á ninguno de los dos; Cleomenes y Arato son dos hombres igualmente notables, pero de genios diferentes. Arato no se opuso á los proyectos de Cleomenes por envidia, como parece creerlo Plutarco, sino porque el audaz reformador aspiraba al dominio de la Grecia (2). Cleomenes queria la hegemonía, al paso que la liga estaba esencialmente fundada en la independencia y en la igualdad de las ciudades confederadas. La constitucion de las ciudades aqueas era democrática, y la ciudad de Licurgo fué siempre el tipo de la aristocracia. Conceder al rey de Esparta el mando de la confederacion era destruirla. Arato se vió en la triste necesidad de escoger entre dos enemigos que amenazaban igualmente á la libertad de la Grecia. ¿Hubiera hecho mejor en someterse al orgullo lacedemonio? No nos dejemos engañar por la gran figura de Cleomenes; toda la historia de Esparta demuestra que era incapaz de dar á los Griegos la unidad y la libertad. Ciertamente el partido tomado por Arato fué tambien el golpe de muerte de la liga aquea y de la independencia de la Grecia. Pero ¿habia medio de salvarla? El genio de un hombre no puede luchar contra el espíritu de una nacion: la raza helénica habia nacido dividida, y era incapaz de llegar á la unidad, ni aun por via de asociacion. Esto no impide el que Arato sea uno de los personajes ilustres de la antigüedad: habia concebido, dice Bodin, el único medio de «hacer con todas las repúblicas de la Grecia una sola» (3).

La liga aquea subsistió hasta la conquista de la Grecia por los Romanos. Filopemen ilustró sus últimos años. Se le ha celebrado como restaurador de la libertad helénica (4); pero aquel á quien los Romanos llamaron el último de los Griegos, no se hacia ilusiones respecto del porvenir de su patria. El senado tenia instrumentos de su política en medio de las ciudades aqueas; uno de los partidarios de Roma decia en la asamblea general que «los Aqueos

(1) *Observaciones sobre la Historia de la Grecia*, libro IV.

(2) POLYB., II, 49, 4.—PLUTARCO mismo confiesa que Cleomenes tenia la ambicion de devolver á Esparta su antigua hegemonía (*Cleomen.*, 7).

(3) BODIN., *de la República*, I, 7.

(4) PAUSAN., VIII, 50, 3.

no debian hacer la oposicion á los Romanos, ni negarles nada que pudiera serles agradable.» Filopemen le escuchaba en silencio, pero con dolor; al fin, no pudiendo dominar su cólera, exclamó: «Tanta prisa tienes de ver llegar la última hora de la Grecia» (1). Filopemen tuvo la fortuna de no asistir á la ruina de su patria. La Grecia sucumbió sin honrar su caída con un esfuerzo heroico; estaba aniquilada (2). Pero el genio griego habia producido sus frutos; dominó á los bárbaros destructores de Corinto. Las legiones de Roma no fueron más que un instrumento para difundir por el mundo entero la civilizacion helénica.

(1) PLUTARCH., *Arat.*, 24; *Philopoem.*, 17.

(2) «Las enfermedades se debilitan juntamente con las fuerzas del cuerpo; lo mismo sucedia con las ciudades de la Grecia; no tenian ya poder, y las luchas cesaban.» PLUTARCH., *Philopoem.*, 17.